

# SALVADA,

por  
Guy de MAUPASSANT

I

La marquesita de Renedón entró como una bala que perfora un vidrio, y empezó a reírse antes de hablar, a reírse hasta llorar, como lo había hecho un mes antes anunciendo a su amiga que había engañado al marqués por vengarse, nada más que por vengarse y sólo una vez, y esto porque era, a decir verdad, demasiado estúpido y demasiado celoso.

La baronesita de Grangerie había arrojado sobre el canapé el libro que leía y miraba a Anita con curiosidad y riéndose también.

—Perdón la pregunta:

—Pero qué es lo que has hecho? —Oh querida mía!... querida mía... es muy chistoso... ¡muy chistoso!... figúrate... estoy salvada...

—¿Cómo salvada?

—Sí, salvada!

—De quién?

—De mi marido, querida, salvada! Desenredada! libre! libre! libre!

—¿Cómo libre?

—Oh, el divorcio!

—Estás divorciada!

—Qué tonta eres! todavía no. Crees que se divorcia una en tres horas? Pero tengo pruebas... pruebas... de que me engaña... figúrate, en flagrante delito...

—¡Oh! ¡oh! cuéntame eso. ¡De modo que te engañaba?

—Sí... es decir, no... digo, si y no... no sé. En fin, lo esencial es que tengo pruebas.

—¿Qué has hecho para tenerlas?

—¿Qué he hecho? ¡Oh! he sido lista, extraordinariamente lista. Hacía tres meses que se había vuelto aborrecible, completamente aborrecible, brutal, grosero, despótico, inmoble, en fin. Entonces me dije: Esto no puede durar, tengo que divorciarme. ¡Pero cómo! La cosa no es fácil. Intenté hacer que me pegase, pero no quiso, me contrariaba todo el día, me obligaba a salir cuando no quería, a quedarme en casa cuando deseaba comer fuera y hacía mi vida insopportable desde el principio al fin de la semana, pero no me pegaba.

Entonces procuré saber si tenía alguna querida. En efecto, tenía una, pero tomaba mil precauciones para ir a su casa y era imposible sorprenderles juntos. Entonces, a ver si adviñas lo que hice!

No adivino.

—¡Oh! no lo adivinarías nunca. Rogué a mi hermano que me procurase una fotografía de esa muchacha.

—De la querida de tu marido?

—Sí. Le costó a Santiago quince lises, el gusto de una noche desde las siete hasta las doce, incluida la cena, a seis o siete de tres lises por hora, y en suma le sacó la fotografía.

—Me pareció que hubiera podido obtenerla empleando una astucia cualquiera y... sin necesidad de tomar al mismo tiempo el original.

—¡Oh! como es bonita, el lance no le desgraciaba a Santiago. Por otra parte yo necesitaba detalles físicos de su talla, de su pecho, del color de su cara, en fin, de mil cosas.

—No lo entiendo.

—Ya verás. Cuando supo todo lo que deseaba saber me fui a casa de un... ¡cómo diría!... de un hombre de negocios... ya sabes... de uno de esos hombres que hacen negocios... de todas clases... Agentes de... de publicidad y complicidad... uno de esos... en fin, ya me entiendes.

—Sí, casi exacto. Y qué lo digiste?

—Le dije eufóricamente la fotografía de Clarisa (se llama Clarisa): "Cabeza heroica, necesito una sirvienta que se pa-

reza a esta. La quiero bonita, elegante, fina, limpia. Le pagaré lo que me pida, aunque me cueste diez mil francos. No la necesitaré más que por tres meses".

Aquel hombre paracía asombrado y me preguntó: "La señora desea una mujer intachable?"

Yo me ruborizé y le respondí:

—En cuanto a probidad, sí.

—Y en cuanto a costumbres? —me preguntó.

No me atreví a contestar y me limité a hacer un movimiento de cabeza que quería decir: no. Después, comprendí de pronto que aquel hombre había concebido una horrible sospecha, y exclamé perdiendo la serenidad: "¡Oh! caballero... es para mi marido... que me engaña... que me engaña fuera de casa... y yo quiero... que me engañe en ella... ¡comprendé usted!... se trata de sorprenderle".

Entonces el agente se echó a reír y yo conocí por sus miradas que me había devuelto su estimación, y que hasta me juzgaba muy ingenua. Hubiera apostado cualquier cosa a que en aquel momento sentía deseos de estrecharme la mano.

"—Señora —me dijo— dentro de

a la vez, un aire singular de muchacha corrida. Estuve muy respetuosa contigo. Como ya sabía yo quien era la llamé "señorita", y entonces ella me dijo: "¡Oh! pínde la señora llamarla sencillamente Rosa". Y empezamos a hablar.

Bueno Rosa, ¿sabe usted ya a lo que viene aquí?

—Lo sospecho, señora.

—Muy bien, hija, y... ¡no tendrá usted reparo!...

—¡Oh! señora, este es el octavo divorcio que hago; ya estoy acostumbrada.

—Muy bien. ¡Necesitará usted mucho tiempo para conseguirlo!

—¡Oh! señora, eso depende en absoluto del temperamento del señor. Cuando le haya visto y haya hablado con él cinco minutos, podré responder a la señora con exactitud.

—Lo verá usted en seguida, hija mia. Pero le advierto que no es guapo.

—No importa, señora. He separado ya a tres feos. Pero he de preguntarle a la señora si se ha informado del perfume.

—Sí, mi buena Rosa, la verbena.

—Me alegro, señora, porque me gusta mucho ese olor. ¡Puede decírmelo también la señora si la querida del señor usa ropa de seda?

—No, hija mia, batista con encajes.

—¡Oh! entonces es una persona distinguida, porque la ropa de seda se va haciendo ordinaria.

—Es verdad.

—Bueno, señora, entonces empezaré mis quehaceres, si le parece.

—No, señora, únicamente me ha preguntado mi nombre... para oír mi voz.

—Muy bien, Rosa. Vaya usted lo más deprisa que pueda.

—No tema la señora. Sólo resistiré el tiempo necesario para no despreciar mi persona.

Al cabo de ocho días mi marido no salía ya apenas y yo le veía rondar toda la tarde por la casa. Lo más significativo del caso, era que no me impedía ya salir, y yo estaba todo el día en la calle... pero... para dejarle libre.

Al noveno día, cuando Rosa me despidió, me dijo con aire timido:

—Señora, ya está hecho... esta mañana.

Yo me quedé algo sorprendida y un tanto emocionada, no por el hecho, sino por la manera como me lo había dicho, y balbuceé:

—Y... ¡ha ido todo... bien?

—Oh! Muy bien, señora. Hacía ya tres días que me asediaba, pero no quise ir demasiado apurada. Ya me dirá la señora para cuando desea el fla-grante delito.

—¡Oh, hija mia!... Mire usted... Dejémoslo para el jueves...

—Sea para el jueves, señora. Hasta entonces no le haré al señor ninguna concesión a fin de tenerlo en espera.

—¡Está usted segura de no errar el golpe!

—¡Oh, sí, señora, segurísima! Voy a excitarlo de modo que podrá usted escoger la hora que quiera.

—Las cinco.

—Bien, las cinco, señora. ¡Y en donde?

—Pues... en mi cuarto.

—Convenido, en el cuarto de la señora.

Entonces, querida mía, ya comprendí lo que hice. Fui a buscar primero a papá y a mamá, y después a mi tío el presidente Orvelin, y al juez señor Raplet, el amigo de mi marido. No les dije nada de lo que iba a desembriarles. Les hice entrar a todos de puntillas hasta la puerta de mi cuarto y esperé las cinco... las cinco en punto... ¡Oh! ¡cómo me palpataba el corazón! Había hecho subir también al portero para tener un testigo más. Luego... en el momento en que el reloj empezó a sonar, ¡pan!, abro la puerta de par en par... ¡Aaaaah! estaban en lo más interesante, querida mía. ¡Oh! ¡Qué cara pusieron!... ¡Qué cara!... ¡Si lo hubieses visto!... El imbécil se volvió hacia la puerta... ¡Ah! ¡Qué raro estaba!... Yo me reí... me reí... Y papá, enfadado, quería pegarle... Y el portero, un buen hombre, le ayudaba a vestirse... delante de nosotros... delante de todos... ¡Le abrochaba los tirantes!... ¡Oh! ¡Créeme que fui muy graciosa! Respecto a Rosa estuve magistral, admirable... perfectísima... Lloraba, lloraba muy bien! ¡Es una alhaja! Si alguna vez la necesitas, te la recomiendo.

Y aquí me tienes... He venido corriendo a contártelo todo... todo. Ya soy libre. ¡Viva el divorcio!

Y se puso a bailar en medio del salón, mientras que la baronesita, contrariada y pensativa, murmuraba:

—Por qué no me invitaste a ver todo eso?

## El mapa más grande del mundo

La República de Guatemala posee, tal vez, el mapa más grande del mundo. Abre como una hectárea de extensión. Se puede ver en él cada pueblo, arroyo y lago del país. Dicho mapa está hecho de concreto, exigiéndose unos dos años para hacerse, con un costo total de \$ 200,000 oro. El propósito del mapa es hacer fácil a los capitalistas hallar un lugar en que invertir su dinero, pues por medio de él, pueden verse en seguida cuál es la topografía de la parte del país donde quieran comprar.

CASA EDITORIAL FRANCO IBERO AMERICANA

222, Boulevard Saint-Germain — PARIS

ACABA DE PUBLICARSE.

## EL PRESIDENTE ALVEAR

POR

RICARDO H. ARAMBURU

Un tomo en 8° de 208 páginas, en rustica,

con un magnífico retrato del Presidente

PIDASE EN TODAS LAS LIBRERIAS

ocho días tendrá usted lo que desea. Podremos cambiar de persona si es preciso. Yo respondo del éxito y no pagará usted nada hasta después de conseguir el resultado. ¡De modo que esta fotografía es la de la querida de su señor marido!" — "Sí, señor". — Muy guapa! Una delgada que engaña! — Y qué perfume deseas usted? — Yo no comprendía y repetí. — "Cómo, que perfume?" — El se sonrió y repuso.

— Si, señora, el perfume es esencial para seducir a un hombre, pues le inspira recuerdos inconscientes que la disponen para la acción; el perfume establece confusiones obscuras en su ánimo, le turba y le enerva recordándole sus placeres. Sería preciso averiguar también lo que acostumbra comer su señor marido cuando va con esa señora y así podría servirle los mismos platos la noche en que trate de sorprenderle. — Oh! le tenemos cogido, señora, ¡completamente cogido!

Salí de allí encantada, había dado con un hombre verdaderamente hábil.

II

Tres días después se presentó en mi casa una muchacha alta, morena, muy guapa, de aire modesto y desenfadado

Y en efecto, inmediatamente empecé a trabajar, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

Una hora después llegó mi marido y Rosa no fijó siquiera sus ojos en él, pero en cambio los fijó él en ella. Rosa trascendía a verbena, y al cabo de cinco minutos se separó de nuestro lado.

— Quién es esta muchacha? — me preguntó enseguida mi marido.

— Es una doncella nueva.

— Quién te la ha proporcionado?

— La baronesita de Grangerie, que me ha dado muy buenos informes de ella.

— ¡Oh! es bastante guapa.

— Le parecerá a usted...

— Si... demasiado para doncella.

Yo estaba maravillada, porque veía que ya empezaba a morder el anzuelo.

Aquella misma noche, Rosa me decía:

— Ahora puedo prometer a la señora que no tardaremos quince días. El señor es muy fácil.

— ¡Ah! ¡ha hecho usted ya alguna prueba?

— No, señora, pero se ve al primer golpe de vista y se le notan ganas de abrazarme cuando pasa junto a mí.

— ¡No le ha dicho aun nada?